

I*ndependencia e identidad.* El Espíritu del Evangelio anima una forma de obrar y de pensar. Al mismo tiempo ofrece un sentido intuitivo que permite distinguir lo auténticamente evangélico de sus falsas lecturas. En un país que nutre su comportamiento histórico de la fe, que mayoritariamente lo identifica, se produce una inspiración rectora de sus principales expresiones. A veces no se tiene conciencia de esa inspiración, pero está, como la atmósfera necesaria para la respiración. A veces se la contradice mediante la adopción de elementos culturales que le son extraños. Tenemos que estar precavidos ante ciertos intentos de avanzar tácticamente sobre nuestras creencias y tradiciones. Son de naturaleza variada: filosófica, político-económica, artística y hasta religiosa. Mientras no decidamos ser nosotros mismos permaneceremos en un estado de postración y subdesarrollo que, si persistiera, acabaría con nuestra independencia e identidad. Es alarmante la sujeción a normas y directivas que vienen del exterior. Sus consecuencias son agobiantes y no permiten un crecimiento autónomo, alentado por el propio genio. En la Argentina se ha producido un deterioro terminal; su evolución se inicia en un pasado marcado por los desencuentros y los desaciertos. Se han generalizado tanto las irresponsabilidades que corremos el riesgo de equivocarnos si señalamos a únicos culpables. Los verdaderos inocentes son quienes menos lo proclaman.

2.- *No destruir para construir.* Nadie puede arrojar *la primera piedra*, aunque irresponsablemente la arroje. El Evangelio inspira una actitud humilde y fraterna hacia todos los hombres. No autoriza juzgar a nadie ni constituirse en fiscal de una sociedad que no acaba de cerrar sus viejas heridas. Algún tipo de diagnóstico, agresivo e inclemente, no hace más que agravar y multiplicar los males que han cubierto de llagas a nuestra sociedad. Es preciso detener la marcha y buscar un camino de auténtica reconstrucción. La historia humana no es un campo arrasado, en el que ya no quedan ni los escombros. Hay realizaciones, muchos hombres y mujeres han trabajado muy bien. Es un acto de soberbia destruirlo todo con el fin de *construir* una sospechosa quimera revolucionaria. Dios Redentor repara al hombre, no lo arroja al cesto de los desperdicios porque juzgue que *le ha salido mal*; no le ha salido mal, el mismo hombre se ha infligido el daño que padece. El sendero de la reconstrucción pasa por una recuperación de la dignidad primera. Supone el juego de la libertad para decidir la aceptación de la idea original y concretarla. Dios se ocupa de presentarla con claridad. Existe una larga historia de intervenciones divinas que logra su perfección en Jesucristo. Él es la realización de la idea de Dios. Es el *Hombre* que se conforma perfectamente con el único proyecto o idea que el Creador ha tenido, desde siempre, de la humanidad.

3.- *Hacemos muros de nuestros umbrales.* Es necesario que aprendamos de Él. Es Dios que se hace nuestra Verdad. Distante e inaccesible no diría nada a nuestra necesidad

de encontrarnos con Él como Verdad. Por ello toma nuestra naturaleza, de su admirable creación, para que lo entendamos y nos entendamos. Jesucristo, para quienes creemos en Él, hace comprensible la Verdad que necesitamos para ser verdaderos hombres. Es *el Camino, la Verdad y la Vida*; nadie llega a su propia perfección sino por Él. ¡Qué distante aparece esta reflexión de las medidas que habitualmente empleamos para proponer y defender *proyectos y verdades*! Cuando perdemos esa orientación de vida ahondamos diferencias, hacemos muros infranqueables de nuestros umbrales de acceso y trabajamos en vano. Necesitamos, con urgencia, cambiar nuestra actual orientación, comprendiendo que, aunque legítimamente impelidos a descubrir la verdad, no seremos sus inventores. No debemos sentirnos humillados por ello. Es inexplicable que, por falta de sabiduría y buen tino, equivoquemos trágicamente el rumbo de nuestra vida personal y social.

4.- *Hay rumbo*. El Evangelio es gracia, o acción del Espíritu, que nos otorga la capacidad de elegir con sabiduría y según sus términos. Lejos de *sectarizar* a sus seguidores, los introduce en un diálogo con las diversas lenguas y culturas, y los alienta a responsabilizarse en la solución de los mayores conflictos. Lo importante es que se produzca un cambio sustancial de orientación histórica. El Evangelio reconduce a la humanidad, sacándola de su situación errática y constituyéndola en pueblo peregrino. *Hay rumbo*, si estamos a la deriva se debe a que rechazamos a Quien marca ese rumbo. San Pablo se sentía urgido a presentar a Jesucristo mediante el método

humilde de la *predicación*. Sabía que de esa presentación dependía que el mundo tuviera la oportunidad de optar, sobre diversos senderos, por el movimiento hacia la Verdad o el Reino de Dios. Este pensamiento rechaza todo *fundamentalismo*, su verdadero contrario. La convocatoria que se produce a partir de Cristo, y de su Iglesia, es comprensiva de la situación de cada persona y de cada pueblo. Lo urgente e imperativo es que la humanidad se oriente hacia la perfección del Reino; hacia su verdadera plenitud o toda su verdad.

5.- *Escuchar a Jesucristo*. La aplicación de lo dicho requiere liberar los espíritus de vanas preocupaciones. Es triste comprobar que algunas maniobras dolosas más que quitarnos la plata nos han vaciado el espíritu. Nos cuesta pensar en serio; la frivolidad se ha hecho discurso y actuación común. Es preciso reaccionar a tiempo y ponernos en sintonía con la verdad que secreta y misteriosamente anhelamos. La fe, que no dejamos de manifestar como propia, nos ofrece la oportunidad de deponer la irresponsabilidad y escuchar a Jesucristo. No nos va a decir qué debemos hacer con nuestra política, con nuestra economía, con nuestra salud, con nuestra educación y con nuestro trabajo. Tampoco dispone de recetas para resolver nuestras diferencias con el FMI. Nos da un nuevo espíritu para ser creativos, solidarios, dialogantes y justos. La profesión formal de la fe, y la defensa teórica de algunas de sus exigencias morales y de culto, no constituye necesariamente la garantía de la fidelidad al espíritu del Evangelio.

